

agenda cultural

UNIVERSIDAD

ALMA
DE ANTIOQUIA
MATER



nº 122 junio 2006 ISSN 0124-0854



Freud:

vigencia de un
pensamiento

El monje que tenía presentimientos freudianos



Por Carlos Monsiváis

Desde la hoguera te celebro, Señor, porque el hedor de mi propia carne y los rezos hipócritas de mis antiguos compañeros de la orden y los rostros alborotados de la plebe y el dolor de los pocos que me quisieron, no alcanzan a enturbiar mi propia dicha. Desde el principio, tú me apartaste del mundo y ni virreyes ni obispos ni odores ni marquesas, igualaron mi contentamiento en la bendita cofradía. Y allí, Señor, para rejuvenecerme con tu fortaleza, me enviaste vientos de torbellinos, el relámpago de los demonios, la multitud de lenguas de fuego y azufre, las ratas que devenían piara malediciente o rameras cuyos sombríos aullidos evocaban el trueno y el alma interminable de los muertos sin confesión.



Pero un día, maldito como buitre que ayunta en matadero, plantaste en mí una visión aborrecible, un sueño informativo cuyas palabras aprendí sin comprender: “Los demonios que vences con regularidad se llaman *pulsiones de la libido*, a los dragones que enardecen tu soledad puedes decirles *traumas*, el amor por tu celda no es sino una vulgar *claustrofilia*, las alucinaciones que emergen desde lo profundo a la altura de tus ojos empavorecidos no son sino *proyecciones*”. ¿Para qué, Señor, para qué se me explicó que Satán es, si algo, apenas un pozo inexplorado de cualquier espíritu, el *Inconsciente* de siglos venideros?

Tu mensaje,

Señor, me arrebató el sosiego y las revelaciones incomprensibles me circundaron como un mar de vidrio o un océano de arrepentimientos. ¿Y quién, en esta capital de la Nueva España, será feliz sabiendo que no es el Maligno quien lo acecha sino profanos *ajustes de su personalidad*? Por eso te recé, Señor, rogándote que no me adelantases a mi tiempo, que no destruyeses mi credulidad con anticipaciones que devoran siglos. Y mi fe no retornó y por noches enteras murmuré los nuevos nombres que me fueron expuestos, y una tarde lo conté delante de mis hermanos de congregación... y heme aquí, Señor, semejante a un hacha encendida, roído y enredado por el dolor, incrédulo ante mis sensaciones, pero feliz porque esta destrucción me acerca de nuevo a ti y me permite reconocerte entre las llamas. Prefiero ser contemporáneo de mis lamentaciones y mis llagas y mis gritos agónicos, que visionario del día en que los demonios recibirán otro nombre, y pasarán a ser datos inciertos en la aritmética de la conciencia.

de guardar, Amor perdido, De qué se ríe el licenciado, Escenas de pudor y liviandad, Los rituales del caos, Características de la cultura nacional, Historias para temblar: 19 de septiembre de 1985, Aires de familia: Cultura y sociedad en América Latina (Premio Anagrama de Ensayo en 2000), Frida Kahlo: Una vida, una obra, Yo te bendigo, vida, y Nuevo catecismo para indios remisos (México, 1982, Siglo XXI Editores), libro del cual se extractó, con fines divulgativos, este cuento.

**Carlos Monsiváis (México, 1938).*

Periodista, cronista, ensayista y narrador mexicano. Algunas de sus obras publicadas entre crónicas, ensayos, biografías y narrativa son: Principios y potestades, Días

El valor de la vida

Esta entrevista fue concedida al periodista George Sylvester Viereck en 1926 en la casa de Sigmund Freud en los Alpes austriacos. Se creía perdida pero se estableció que había sido publicada en el volumen de *Psychoanalysis and the Fut* en Nueva York en 1957.

S. Freud: Setenta años me enseñaron a aceptar la vida con serena humildad.

Quien habla es el profesor Sigmund Freud, el gran explorador del alma. El escenario de nuestra conversación fue en su casa de verano en Semmering, una montaña de los Alpes austriacos. Yo había visto el país del psicoanálisis por última vez en su modesta casa de la capital austriaca. Los pocos años transcurridos entre mi última visita y la actual, multiplicaron las arrugas de su frente. Intensificaron la palidez de sabio. Su rostro estaba tenso, como si sintiese dolor. Su mente estaba alerta, su espíritu firme, su cortesía impecable como siempre, pero un ligero impedimento en su habla me perturbó. Parecía que un tumor maligno en el maxilar superior había tenido que ser operado.

Desde entonces Freud usa una prótesis, lo cual es una constante irritación para él.

S. Freud: Detesto mi maxilar mecánico, porque la lucha con este aparato me consume mucha energía preciosa. Pero prefiero esto a no tener ningún maxilar. Aún así prefiero la existencia a la extinción. Tal vez los dioses sean gentiles con nosotros, tornándonos la vida más desagradable a medida que envejecemos. Por fin, la muerte nos parece menos intolerable que los fardos que cargamos.

Freud se rehúsa a admitir que el destino le reserva algo especial.

S. Freud: ¿Por qué (dice calmamente) debería yo esperar un tratamiento especial? La vejez, con sus arrugas, llega para todos. Yo no me revelo contra el orden universal. Finalmente,

después de setenta años, tuve lo bastante para comer. Aprecié muchas cosas —en compañía de mi mujer, mis hijos— el calor del sol. Observé las plantas que crecen en primavera. De vez en cuando tuve una mano amiga para apretar. En otra ocasión encontré un ser humano que casi me comprendió. ¿Qué más puedo querer?

G. S. Viereck: El señor tiene una fama. Su obra prima influye en la literatura de cada país. Los hombres miran la vida y a sí mismos con otros ojos, por causa de este señor. Recientemente, en el septuagésimo aniversario, el mundo se unió para homenajearlo, con excepción de su propia universidad.

S. Freud: Si la Universidad de Viena me demostrase reconocimiento, me sentiría incómodo. No hay razón para aceptarme a mí o a mi obra porque tengo setenta años. Yo no atribuyo importancia insensata a los decimales. La fama llega cuando morimos y, francamente, lo que ven después no me interesa. No aspiro a la gloria póstuma. Mi virtud no es la modestia.

G. S. Viereck: ¿No significa nada el hecho de que su nombre va a perdurar?

S. Freud: Absolutamente nada, es lo mismo que perdure o que nada sea cierto. Estoy más bien preocupado por el destino de mis hijos. Espero que sus vidas no sean difíciles. No puedo ayudarlos mucho. La guerra prácticamente liquidó mis posesiones, lo que había adquirido durante mi vida. Pero me puedo dar por satisfecho. El trabajo es mi fortuna.

Estábamos descendiendo de una pequeña elevación de tierra en el jardín de su casa. Freud acarició tiernamente un arbusto que florecía.

S. Freud: Estoy mucho más interesado en este capullo de lo que me pueda acontecer después de estar muerto.

G. S. Viereck: ¿Entonces, el señor es, al final, un profundo pesimista?

S. Freud: No, no lo soy. No permito que ninguna reflexión filosófica complique mi fluidez con las cosas simples de la vida.

G. S. Viereck: ¿Usted cree en la persistencia de la personalidad después de la muerte, de la forma que sea?

S. Freud: No pienso en eso. Todo lo que vive perece. ¿Por qué debería el hombre constituir una excepción?

G. S. Viereck: ¿Le gustaría retornar en alguna forma, ser rescatado del polvo? ¿Usted no tiene, en otras palabras, deseo de inmortalidad?

S. Freud: Sinceramente no. Si la gente reconoce los motivos egoístas detrás de la conducta humana, no tengo el más mínimo deseo de retornar a la vida; moviéndose en un círculo, sería siempre la misma. Más allá de eso, si el eterno retorno de las cosas, para usar la expresión de Nietzsche, nos dotase nuevamente de nuestra carnalidad y lo que involucra, ¿para qué serviría sin memoria? No habría vínculo entre el pasado y el futuro. Por lo que me toca, estoy perfectamente satisfecho en

saber que el eterno aborrecimiento de vivir finalmente pasará. Nuestra vida es necesariamente una serie de compromisos, una lucha interminable entre el ego y su ambiente. El deseo de prolongar la vida excesivamente me parece absurdo.

G. S. Viereck: George Bernard Shaw sustenta que vivimos muy poco. Él encuentra que el hombre puede prolongar la vida si así lo desea, llevando su voluntad a actuar sobre las fuerzas de la evolución. El cree que la humanidad puede recuperar la longevidad de los patriarcas.

S. Freud: Es posible que la muerte en sí no sea una necesidad biológica. Tal vez morimos porque deseamos morir. Así como el amor o el odio por una persona viven en nuestro pecho al mismo tiempo, así también toda la vida conjuga el deseo de la propia destrucción. Del mismo modo como un pequeño elástico tiende a asumir la forma original, así también toda materia viva, consciente o inconscientemente, busca readquirir la completa, la absoluta inercia de la existencia inorgánica. El impulso de vida o el impulso de muerte habitan lado a lado en nuestro interior. La muerte es la compañera del amor. Juntos rigen el mundo. Esto es lo que dice mi libro *Más allá del principio del placer*. En el comienzo del psicoanálisis se suponía que el amor tenía toda la importancia. Ahora sabemos que la muerte es igualmente importante. Biológicamente, todo ser vivo, no importa cuan intensamente la vida arda dentro

de él, ansía el Nirvana, la cesación de la “fiebre llamada vivir”. El deseo puede ser encubierto por digresiones; no obstante, el objetivo último de la vida es la propia extinción.

G. S. Viereck: Esto es la filosofía de la autodestrucción. Ella justifica el autoexterminio. Llevaría lógicamente al suicidio universal imaginado por Eduard Von Hartmann.

S. Freud: La humanidad no escoge el suicidio porque la ley de su ser desapueba la vía directa para su fin. La vida tiene que completar su ciclo de existencia. En todo ser normal, la pulsión de vida es fuerte, lo bastante para contrabalancear la pulsión de muerte, pero en el final, ésta resulta más fuerte. Podemos entretenernos con la fantasía de que la muerte nos llega por nuestra propia voluntad. Sería más posible que no pudiéramos vencer la muerte porque en realidad ella es un aliado dentro de nosotros. En este sentido —añadió con una sonrisa— puede ser justificado decir que toda muerte es un suicidio disfrazado.

Estaba haciendo frío en el jardín. Continuamos la conversación en el gabinete. Vi una pila de manuscritos sobre la mesa, con la caligrafía clara de Freud.

G. S. Viereck: ¿En qué está trabajando el señor Freud?

S. Freud: Estoy escribiendo una defensa del análisis lego, del psicoanálisis practicado por

los legos. Los doctores quieren establecer al análisis ilegal para los no-médicos. La historia, esa vieja plagiadora, se repite después de cada descubrimiento. Los doctores combaten cada nueva verdad en el comienzo. Después procuran monopolizarla.

G. S. Viereck: ¿Usted tuvo mucho apoyo de los legos?

S. Freud: Algunos de mis mejores discípulos son legos.

G. S. Viereck: ¿El Señor Freud está practicando mucho psicoanálisis?

S. Freud: Ciertamente. En este momento estoy trabajando en un caso muy difícil, intentando desatar conflictos psíquicos de un interesante paciente nuevo. Mi hija también es psicoanalista como usted puede ver....

En ese momento apareció la señorita Anna Freud, acompañada por su paciente, un muchacho de once años de facciones inconfundiblemente anglosajonas.

G. S. Viereck: ¿Usted ya se analizó a sí mismo?

S. Freud: Ciertamente. El psicoanalista debe constantemente analizarse a sí mismo. Analizándonos a nosotros mismos, estamos más capacitados para analizar a otros. El psicoanalista es como un chivo expiatorio de los hebreos, los otros descargan sus pecados sobre él. Debe practicar su arte a la perfección para liberarse de los fardos que le cargan.

G. S. Viereck: Mi impresión es que el psicoanálisis despierta en quienes lo practican el espíritu de la caridad cristiana. Nada existe en la vida humana que el psicoanálisis no nos pueda hacer comprender. “Tout comprendre c’est tou pardonner”.

S. Freud: Por el contrario (*acusó Freud sus facciones asumiendo la severidad de un profeta hebreo*), comprender todo no es perdonar todo. El análisis nos enseña apenas lo que podemos soportar, pero también lo que podemos evitar. El análisis nos dice lo que debe ser eliminado. La tolerancia con el mal no es de manera alguna corolario del conocimiento.

Comprendí súbitamente porqué Freud había litigado con sus seguidores que lo habían abandonado, porque él no perdona disentir del recto camino de la ortodoxia psicoanalítica. Su sentido de lo que es recto es herencia de sus ancestros. Una herencia de la que él se enorgullece como se enorgullece de su raza.

S. Freud: Mi lengua es el alemán. Mi cultura, mi realización es alemana. Yo me consideré un intelectual alemán, hasta que percibí el crecimiento del preconcepto anti-semita en Alemania y en Austria. Desde entonces prefiero considerarme judío.

Quedé algo desconcertado con esta observación. Me parecía que el espíritu de Freud debería vivir en las alturas más allá de cualquier preconcepto de razas, que él debería

ser inmune a cualquier rencor personal. En tanto, no debido precisamente a su indignación, a su honesta ira, se volvía más atrayente como ser humano. ¡Aquiles sería intolerable si no fuese por su talón!

G. S. Viereck: ¡Me alegra, Herr Profesor, que también el señor tenga sus complejos, que también el señor Freud demuestre que es un mortal!

S. Freud: Nuestros complejos son la fuente de nuestra debilidad; pero con frecuencia, son también la fuente de nuestra fuerza.

G. S. Viereck: Imagino, observo, ¡cuáles serían mis complejos!

S. Freud: Un análisis serio dura más o menos un año. Puede durar igualmente dos o tres años. Usted está dedicando muchos años de su vida a la “caza de los leones”. Usted procuró siempre a las personas destacadas de su generación: Roosevelt, El Emperador, Hindenburgh, Briand, Foch, Joffre, Georg Bernard Shaw...

G. S. Viereck: Es parte de mi trabajo.

S. Freud: Pero también es su preferencia. El gran hombre es un símbolo. Su búsqueda es la búsqueda de su corazón. Usted también está procurando al gran hombre para tomar el lugar de su padre. Es parte del complejo del padre.

Negué vehementemente la afirmación de Freud. Mientras tanto, reflexionando sobre eso, me parece que puede haber una verdad,

no sospechada por mí, en su sugestión casual. Puede ser lo mismo que el impulso que me llevó a él.

G. S. Viereck: Me gustaría, observé después de un momento, poder quedarme aquí lo bastante para vislumbrar mi corazón a través de sus ojos. ¡Tal vez, como la Medusa, yo muriese de pavor al ver mi propia imagen! Aún cuando no confío en estar muy informado sobre psicoanálisis, frecuentemente anticiparía o tentaría anticipar sus intenciones.

S. Freud: La inteligencia en un paciente no es un impedimento. Por el contrario, muchas veces facilita el trabajo.

En este punto el maestro del psicoanálisis difiere bastante de sus seguidores, que no gustan mucho de la seguridad del paciente que tienen bajo su supervisión.

G. S. Viereck: A veces imagino si no seríamos más felices si supiésemos menos de los procesos que dan forma a nuestros pensamientos y emociones. El psicoanálisis le roba a la vida su último encanto, al relacionar cada sentimiento a su original grupo de complejos. No nos volvemos más alegres descubriendo que todos abrigamos al criminal o al animal.

S. Freud: ¿Qué objeción puede haber contra los animales? Yo prefiero la compañía de los animales a la compañía humana.

G. S. Viereck: ¿Por qué?

S. Freud: Porque son más simples. No sufren de una personalidad dividida, de la desintegración del ego, que resulta de la tentativa del hombre por adaptarse a los patrones de civilización demasiado elevados para su mecanismo intelectual y psíquico. El salvaje, como el animal es cruel, pero no tiene la maldad del hombre civilizado. La maldad es la venganza del hombre contra la sociedad, por las restricciones que ella impone. Las características más desagradables del hombre son generadas por ese ajuste precario a una civilización complicada. Son el resultado del conflicto entre nuestros instintos y nuestra cultura. Mucho más agradables son las emociones simples y directas de un perro, al mover su cola, o al ladrar expresando su displacer. Las emociones del perro (*añadió Freud pensativamente*), nos recuerdan a los héroes de la antigüedad. Tal vez sea esa la razón por la que inconscientemente damos a nuestros perros nombres de héroes como Aquiles o Héctor.

G. S. Viereck: Mi cachorro es un Doberman Pinscher llamado Áyax.

S. Freud: (*Sonriendo*) Me alegra saber que no pueda leer. ¡Sería, ciertamente, el miembro menos querido de la casa, si pudiese ladrar sus opiniones sobre los traumas psíquicos y el complejo de Edipo!

G. S. Viereck: Aún usted, profesor, sueña la existencia compleja por demás. En tanto me parece que el señor sea en parte responsable por las complejidades de la civilización

moderna. Antes que usted inventara el psicoanálisis, no sabíamos que nuestra personalidad es dominada por una hueste beligerante de complejos cuestionables. El psicoanálisis vuelve la vida un rompecabezas complicado.

S. Freud: De ninguna manera. El psicoanálisis vuelve la vida más simple. Adquirimos una nueva síntesis después del análisis. El psicoanálisis reordena el enmarañado de impulsos dispersos, procura enrollarlos en torno a su carretel. O, modificando la metáfora, el psicoanálisis suministra el hilo que conduce a la persona fuera del laberinto de su propio inconsciente.

G. S. Viereck: Al menos en la superficie, pues la vida humana nunca fue más compleja. Cada día una nueva idea propuesta por usted o por sus discípulos, vuelven un problema de la conducta humana más intrigante y contradictorio.

S. Freud: El psicoanálisis por lo menos, jamás cierra la puerta a una nueva verdad.

G. S. Viereck: Algunos de sus discípulos, más ortodoxos que usted, se apegan a cada pronunciamiento que sale de su boca.

S. Freud: La vida cambia, el psicoanálisis también. Estamos apenas en el comienzo de una nueva ciencia.

G. S. Viereck: La estructura científica que usted levanta me parece ser mucho más elaborada. Sus fundamentos —la teoría del

“desplazamiento”, de la “sexualidad infantil”, de los “simbolismos de los sueños”, etc.— parecen permanentes.

S. Freud: Yo repito, pues, que sólo estamos en el inicio. Soy apenas un iniciador. Conseguí desenterrar monumentos enterrados en los sustratos de la mente. Pero allí donde yo descubrí algunos templos, otros podrán descubrir continentes.

G. S. Viereck: ¿Usted siempre pone el énfasis sobre todo en el sexo?

S. Freud: Respondo con las palabras de su propio poeta, Walt Whitman: “Mas todo faltaría si faltase el sexo” (*Yet all were lacking, if sex were lacking*). Mientras tanto, ya le expliqué que ahora pongo el énfasis casi igual en aquello que está “más allá” del placer

—la muerte, la negociación de la vida—. Este deseo explica por qué algunos hombres aman el dolor —¡como un paso para el aniquilamiento!—. Explica por qué los poetas agradecen a:

Cualesquiera dioses que existan

Que la vida ninguna viva para siempre

Que los muertos jamás se levanten

Y también el río más cansado

Desagüe tranquilo en el mar

G. S. Viereck: Shaw, como usted, no desea vivir para siempre, pero a diferencia suya, él considera el sexo carente de interés.

S. Freud: (*Sonriendo*) Shaw no comprende el sexo. No tiene ni la más remota concepción del amor. No hay un verdadero caso amoroso en ninguna de sus piezas. Él hace humoradas del amor de Julio César —tal vez la mayor pasión de la historia—. Deliberadamente, tal vez maliciosamente, despoja a Cleopatra de toda grandeza, relegándola a una simple e insignificante muchacha. La razón para la extraña actitud de Shaw frente al amor, que a pesar de su enorme alcance intelectual emana de sus piezas, su negación del móvil de todas las cosas humanas, es inherente a su psicología. En uno de sus prefacios, él mismo enfatiza el rasgo ascético de su temperamento. Puedo estar errado en muchas cosas, pero estoy seguro de que no fallé al enfatizar la importancia del instinto sexual. Por ser tan fuerte, choca siempre con las convenciones y salvaguardas de la civilización. La humanidad, en una especie de autodefensa procura su propia importancia. Si usted raspa a un ruso, dice el proverbio, aparece el tártaro sobre la piel. Analice cualquier emoción humana, no importa cuan distante esté de la esfera de la sexualidad, y encontrará ese impulso primordial al cual la propia vida debe su perpetuidad.

G. S. Viereck: Usted, sin duda, fue bien seguido al transmitir ese punto de vista a los escritores modernos. El psicoanálisis dio nuevas intensidades a la literatura.

S. Freud: También recibí mucho de la literatura y la filosofía. Nietzsche fue uno de los primeros psicoanalistas. Es sorprendente ver hasta qué

punto su intuición preanuncia las novedades descubiertas. Ninguno se percató más profundamente de los motivos duales de la conducta humana, y de la predominancia permanente del principio del placer que él. El *Zaratustra* dice: “El dolor grita: ¡Va! Pero el placer quiere eternidad pura, profundamente eternidad”. El psicoanálisis puede ser menos discutido en Austria y en Alemania que en los Estados Unidos, su influencia en la literatura es inmensa por lo tanto. Thomas Mann y Hugo Von Hofmannsthal mucho nos deben a nosotros. Schnitzler recorre un sendero que es, en gran medida, paralela a mi propio desarrollo. Él expresa poéticamente lo que yo intento comunicar científicamente. Pero el Dr. Schnitzler no es sólo un poeta, es también un científico.

G. S. Viereck: Usted no sólo es un científico, también es un poeta. La literatura americana está impregnada de psicoanálisis. Hupert Hughes, Harvrey O’Higgins y otros, son sus intérpretes. Es casi imposible abrir una nueva novela sin encontrar alguna referencia al psicoanálisis. Entre los dramaturgos Eugene O’Neill y Sydney Howard tienen una gran deuda con usted. *The Silver Cord* por ejemplo, es simplemente una dramatización del complejo de Edipo.

S. Freud: Yo sé y entiendo el cumplido que hay en esa afirmación, pero tengo cierta desconfianza de mi popularidad en los Estados Unidos. El interés americano por el psicoanálisis no se profundiza. La

popularización lo lleva a la aceptación sin que se lo estudie seriamente. Las personas apenas repiten las frases que aprenden en el teatro o en las revistas. Creen comprender algo del psicoanálisis porque juegan con su argot. Yo prefiero la ocupación intensa con el psicoanálisis, tal como ocurre en los centros europeos, aunque Estados Unidos fue el primer país en reconocerme oficialmente. La Clark University me concedió un diploma honorario cuando yo siempre fui ignorado en Europa. Mientras tanto, Estados Unidos hace pocas contribuciones originales al psicoanálisis. Los americanos son jugadores inteligentes, raramente pensadores creativos. Los médicos en los Estados Unidos, y ocasionalmente en Europa, tratan de monopolizar para sí al psicoanálisis. Pero sería un peligro para el psicoanálisis dejarlo exclusivamente en manos de los médicos, pues una formación estrictamente médica es con frecuencia, un impedimento para el psicoanálisis. Es siempre un impedimento cuando ciertas concepciones científicas tradicionales están arraigadas en el cerebro.

¡Freud tiene que decir la verdad a cualquier precio! Él no puede obligarse a sí mismo a agradar a Estados Unidos donde está la mayoría de sus seguidores. A pesar de su rudeza, Freud es la urbanidad en persona. Oye pacientemente cada intervención, procurando nunca intimidar al entrevistador. ¡Raro es el visitante que se aleja de su presencia sin un presente, alguna señal de hospitalidad! Había oscurecido. Era tiempo

de tomar el tren de vuelta a la ciudad que una vez cobijara el esplendor imperial de los Habsburgos. Acompañado de su esposa y de su hija, Freud desciende los escalones que lo alejan de su refugio en la montaña en dirección a la calle para verme partir. Me pareció cansado y triste al darme el adiós.

S. Freud: No me haga parecer un pesimista — dice después de un apretón de manos—. Yo no tengo desprecio por el mundo. Expresar desdén por el mundo es apenas otra forma de cortejarlo, de ganar audiencia y aplauso. ¡No, yo no soy un pesimista, en tanto tenga a mis hijos, mi mujer y mis flores! No soy infeliz, al menos no más infeliz que otros.

El silbato de mi tren sonó en la noche. El automóvil me conducía rápidamente a la estación. Apenas logro ver la figura ligeramente curvada y la cabeza grisácea de Sigmund Freud que desaparecen en la distancia...

*George Silvestre Viereck, periodista del *Journal of Psychology*. Esta entrevista fue traducida del inglés al portugués por Paulo César Souza y al castellano por Miguel Ángel Arce. Divulgada en *La Brújula* (Semanao electrónico de la Comunidad Madrileña de la ELP, Escuela de España de la AMP), Nos. 28 y 29, Madrid, 11 y 18 de Noviembre de 2005.

Freud y el amor

Por Claudia Velásquez

Amor sin poesía

Poder pensar el amor por fuera de la dimensión poética, es lo que consigue Freud al hacer de éste un problema de investigación perteneciente al campo de lo humano, estudiado con el rigor que la ciencia puede exigir para sus objetos de estudio. Antes del arribo de Freud al mundo del saber y la investigación, eran los filósofos y poetas quienes pintaban las condiciones bajo las cuales los seres humanos elegimos el objeto de amor. En su creación los poetas buscan producir un placer intelectual y estético en los otros, de allí que no puedan figurar la realidad del amor tal cual. Freud, en su interés científico, se ocupa del mismo material que el poeta, no para procurar un placer sino para producir un saber.

En este esfuerzo, nada fácil para un hombre que también vivió el amor, de lo cual tenemos noticia por sus cartas a su amigo Silberstein, y las de amor a Martha Bernays, publicadas como *Cartas a la novia*, consiguió construir una teoría sobre el amor fundamentada en su experiencia como analista, es decir, en el saber que extraía y formalizaba de sus casos clínicos, principalmente, sin

olvidar el saber que obtenía de las artes, la mitología y, en general, de las disciplinas que se han ocupado de una u otra manera de expresar algo sobre ese sentimiento intenso y vital que es el amor.

Si bien es cierto que es posible identificar una cierta unidad teórica, consistente y articulada, sobre el amor a lo largo de toda su obra, son diversos los puntos desde los cuales puede uno introducirse en dicha teoría. Un elemento central sobre la teoría freudiana del amor que destaca el psicoanalista francés Jaques-Alain Miller, es la dimensión de *repetición*; hay una insistencia en Freud que se dirige a mostrar que el amor es repetición. El concepto *complejo de Edipo* lo demuestra: al amar repetimos, reencontramos el objeto de amor que tuvimos antes de que se instalara la barrera del incesto. Uno vuelve siempre a sus primeros amores, de allí que los enigmas de la vida amorosa de los adultos sólo se solucionan cuando se ponen de relieve los factores infantiles del amor.

Ahora bien, articulados al problema de la repetición, encontramos diversos planteamientos sobre el amor que aportan a su comprensión, y que son susceptibles de ser

formulados en términos de oposición, así: amor-odio, narcisismo-amor de objeto, condiciones de amor-imposibilidad de la relación sexual. Esta serie no agota las puertas de entrada al entramado teórico del amor freudiano, pero permiten una primera aproximación.

Repetición e invención

El amor como repetición no se explica por la vía del instinto o de la herencia, sino por la de esos primeros vínculos con el otro. Vínculos infantiles que llevan la marca de la relación del niño con aquel que primero satisfizo sus necesidades, y que al hacerlo despertó aquel empuje llamado por Freud *pulsión*. Con este concepto, complejo y central en su enseñanza y que requeriría de un mayor desarrollo del que aquí podemos hacer, Freud nombra la fuerza que se sitúa entre lo psíquico y lo somático cuya única meta es la satisfacción. Así, el amor sexual y los sentimientos de ternura alcanzan cierta identidad pues quien cuida al niño desde la ternura, despierta su excitación y produce a su vez satisfacciones sexuales. Es esta persona, la madre, quien al producir este despertar prepara al niño para su posterior vida sexual y afectiva.

Gracias a su gran sentido de observación y escucha, Freud descubre lo que está a la vista de todos: el niño se comporta como si su apego por aquellos que lo cuidan tuviera la naturaleza del amor sexual. Este y otros hallazgos de la vida sexual infantil los

encontramos en su obra *Tres ensayos para una teoría sexual*, hallazgos de los cuales deduce que en el amor se produce una elección incestuosa de objeto, solo que la dimensión sexual permanece inconsciente.

Estos influjos recibidos en la infancia, conjugados con disposiciones innatas, determinarán la especificidad para el vivenciar de la vida amorosa, o sea, para las condiciones de amor que establecerá y la manera de satisfacer sus pulsiones, así como para las metas que habrá de fijarse. De esto resulta un clisé que se repite, se reescribe, de manera regular en la trayectoria de la vida.

Si bien estas formulaciones las debemos a Freud, no podemos dejar de reconocer el aporte que el psicoanalista Jacques Lacan hace al ir más allá de Freud y rescatar otra vertiente del amor, la de la invención: un trabajo de elaboración de saber, que arroja un nuevo amor, una manera nueva de nombrar y por tanto de dirigirse a ese objeto que, por procurar satisfacción a la pulsión, despierta el deseo. Es lo que puede alcanzarse en una experiencia de análisis, en lo que respecta al amor. Jacques-Alain Miller se refiere a esta invención de una manera incluso poética cuando dice que consiste en tomar la mirada de una mujer y construir a su alrededor una obra de lenguaje.

Coexistencia de amor y odio

Era necesario el genio de Freud, su mirada clínica, su deseo de saber, y su valor,

para ir más lejos de lo que los ideales siempre pretenden mostrar y al mismo tiempo ocultar. Era necesario su trabajo para develar la relación intrínseca presente entre el amor y el odio, sentimientos opuestos que coexisten en la ambivalencia, tal como las fuerzas de atracción y repulsión. Esta coexistencia amor-odio no hace parte exclusivamente de la vida amorosa del adulto, sino que está ya presente en la del niño, en la relación con sus padres.

Se pregunta Freud: ¿Cómo se explica el deseo en un niño, de que mueran sus padres, que son los que lo colman de amor y satisfacen sus necesidades? Con esta pregunta se va adentrando en las relaciones de amor y rivalidad, por cuanto lo que la experiencia con sus pacientes le indica es que desde muy temprano se produce una preferencia sexual y amorosa por el padre del sexo contrario y rivalidad con el del mismo sexo. Vínculos que caracterizan el complejo de Edipo.

No sólo coexisten amor y odio por dos personas diferentes, la ambivalencia está precisamente en que estos dos sentimientos pueden recaer sobre una misma persona. Quizá para nadie es ajena la experiencia de la transformación de sentimientos tiernos en hostiles, en los vínculos con el otro, especialmente el que se establece con el más cercano e íntimo, vínculo en el cual estos sentimientos opuestos se unen con la vida sexual; sabemos, por ejemplo, cómo la frialdad

e indiferencia de la persona amada pueden despertar el odio del amante. Pero hay en los seres humanos el afán de tener una sensación unitaria por aquellos a quienes amamos; en el amar se expresa la aspiración sexual como un todo, es por ello que, en ocasiones, dejamos de ver los defectos que pudieran provocar antipatía con el fin de poder conservar dicha unidad de sentimiento. Pero Freud no se detiene ante ello y encuentra que el odio pervive en el nivel inconsciente.

La fuente del odio se sitúa entonces en la relación de la infancia con los padres, donde amor y sexualidad se presentan en conflicto. La hostilidad hacia el padre se debe a que éste se presenta para el niño como el perturbador de los apetitos sexuales dirigidos a la madre, de allí que, de una parte es el padre amado pero de otra el padre que interfiere en alcanzar la satisfacción de dichos apetitos de donde surge un deseo inconsciente, no aceptado, de aniquilar al padre. Se produce una lucha interior entre amor y odio dirigidos a la misma persona, que incidirá en la posterior vida amorosa ya que permanece inconsciente operando bajo la fuerza de la *represión*.

Esta oposición de sentimientos no se explica solamente por una cuestión vincular con los padres, sino que está soportada sobre una polaridad de placer-displacer que rige la dinámica pulsional del ser humano, en la que incluye al objeto amado. Si el objeto procura sensaciones placenteras, atrae, se le quiere

incorporar, si por el contrario es fuente de displacer, se le rechaza. Siguiendo esta dirección en su indagación, Freud consigue ir hasta el punto donde logra discernir que en los orígenes del amor está el *automatismo*, una satisfacción alcanzada al tomar al propio cuerpo como su objeto, luego vienen otros objetos que brindan igual satisfacción, por lo cual se instalan como fuente de placer. Por su parte, el odio responderá al displacer y malestar que provocan algunos objetos. Aun así, el odio conserva un carácter erótico y garantiza la continuidad de un vínculo de amor.

Entre los objetos fuente de placer, el pecho materno tiene un valor fundamental para la experiencia de amor, tanto que Freud presume que el encuentro del objeto que causa el amor es, propiamente hablando, un reencuentro con este objeto. De alguna manera esto se insinúa antes de Freud, está presente y manifiesto en la cultura, sólo que sin un saber formalizado sobre ello. En su obra *Tres ensayos para una teoría sexual*, lo dice así: “En el pecho de la mujer coinciden el amor y el hambre”. Con esta formulación muestra cómo el hallazgo del objeto de amor se produce tempranamente, en un tiempo en el cual la satisfacción sexual está conectada con la nutrición. Ese primer objeto sexual, el pecho, situado fuera del propio cuerpo, será luego perdido y por tanto anhelado y buscado en otra persona.

Amor de objeto y narcisismo

En el amor se trata entonces de la elección de un objeto, cuyos referentes son: uno mismo, y por tanto el propio cuerpo como objeto de amor, y la madre, como portadora del objeto que brinda placer.

En el primero, el placer autoerótico da lugar al amor a sí mismo, *amor narcisista*, nombre que toma Freud del conocido mito griego de Narciso. Amor a lo mismo, a la imagen de sí como si fuera otro. Se produce aquí una complacencia consigo mismo, la tendencia a preferir amar que ser amado. Paradójicamente esto puede desplegar una singular atracción para los otros, tal como se observa en los niños, e incluso, lo indica Freud, en algunas mujeres. Este narcisismo aparece como un cierto carácter de inaccesibilidad, de una satisfacción que pareciera no requerir del otro, lo que además genera para el amante un gran enigma, además de la duda sobre el amor que pueda despertar en la amada.

El segundo caso, el del amor a la madre, llamado *amor anaclítico*, expresión tomada de E. Jones, es el que funda la relación de amor al Otro (escrito con mayúscula para indicar su sentido de alteridad, tal como lo enseña Jacques Lacan), campo en el cual se despliega la necesidad, y con ella el desamparo (“Sin el Otro podría perderme”), y la dependencia, que correspondería al amor

propiamente dicho (“¿Me quiere?”). Con relación a la necesidad, el Otro se plantea como el que tiene algo, equivalente al pecho de la madre; con relación al amor, el Otro se presenta como el que está privado, en falta, condición necesaria, puesto que se requiere que el Otro esté carente de algo para poder ser requerido y tener en él un lugar.

Si bien es cierto que el prototipo de toda relación amorosa es un niño que toma el pecho de su madre y se define al amor como la repetición de esa satisfacción primaria, amar no es únicamente la relación entre un sujeto falto de goce y un objeto para satisfacerlo. Es necesario que ese objeto sea encontrado en una persona, que sea contenido por otro. Pero también es necesario que ese Otro se presente como un ser en falta, que requiera de uno, y así producir el enamoramiento, que finalmente implica la reciprocidad.

Condiciones de amor y “no hay relación sexual”

La relación sexual, entendida como la relación entre un hombre y una mujer, relación de complementariedad y armonía, no existe, es algo del orden de la imposibilidad. Imposibilidad que Freud nos deja entrever con su develamiento del ser pulsional que habita a todo ser humano. Las condiciones de amor son aquello que viene a ese lugar de la relación que no hay, como una manera de hacerla existir. Lo podemos ver en el mito de la partición del ser humano en dos

mitades, hombre y mujer, que aspiran a reunirse de nuevo en el amor: es esa la promesa de felicidad que viene a instalarse allí donde la pulsión sexual nos muestra la imposibilidad de la relación en el campo de lo sexual; no hay condición necesaria ni suficiente para los dos sexos que los haga complementarios.

Las impresiones sobre la vida amorosa que Freud recoge de sus casos clínicos le permiten distinguir ciertas características con relación a la elección masculina del objeto de amor. Para algunos hombres, por ejemplo, es condición de amor lo que llamó “el tercero perjudicado”, consiste en que la mujer amada sea aquella que tiene un vínculo amoroso con otro hombre, que sea “propiedad de otro”. La segunda, hace referencia a que la mujer amada será aquella cuyo carácter intachable y fiel es puesto en duda, llama a esta condición “amor por mujeres fáciles”. En este caso los celos parecen ser una condición de amor para el amante. El tercer aspecto se refiere al comportamiento del amante hacia la amada, de rescatarla de su condición de rebajamiento. Esto muestra cómo el hombre se confronta con dos valores dados a la mujer: rebajamiento (mujer fácil, de otro, u otros) y sobrevaloración (la madre única e insustituible). Situación que se traduce en una escisión: dificultad para amar y desear sexualmente a una misma mujer.

Estas condiciones son el desenlace de la fijación amorosa infantil: la mujer no libre, la madre, y el tercero perjudicado, el padre. De donde viene también la sobreestimación que se hace del objeto de amor, dado su carácter insustituible. Insustituible en el nivel inconsciente, pero que en la realidad se traduce en los relevos sucesivos de series, de objetos de amor, en los que se busca la satisfacción amorosa anhelada y perdida. Si bien es difícil pensar a la madre con relación a esa condición de amor de liviandad de la amada, en algún momento de su historia el sujeto se anoticia de la vida sexual de su madre con el padre, lo cual hace que en el plano inconsciente la madre tome el valor de mujer fácil, en tanto le es infiel al niño con el padre, esta condición es desplazada entonces de la madre a la mujer objeto de amor. Es finalmente lo que nos queda del complejo de Edipo: “Tu madre no es toda para ti”. Esta expresión freudiana es bien leída por Lacan y formulada como el “no-todo de la mujer”, es decir, que la mujer es no-toda para el hombre.

Del estudio de este trabajo freudiano sobre las condiciones de amor, se desprende la idea lacaniana de que la mujer deseada es aquella que ocupa el lugar de un bien de Otro, y que no tener derecho a esa mujer asegura el goce. Dicho de otra manera, tal como lo plantea Miller, su valor de mujer lo da el hecho de que su goce esté en otra parte. Así, que una mujer sea reconocida como tal implica que aquello de lo que ella goza no es todo para el hombre; hay en ella un goce que

escapa al hombre al cual ella “pertenece”. Esto no quiere decir que sea infiel en la realidad, sino que en un punto de su ser ella está sola con su goce.

Bibliografía

- Freud, Sigmund. “Introducción al narcisismo”. En *Obras Completas*, Amorrortu. Vol. XIV, Buenos Aires, 1979
- —. “Pulsiones y destinos de pulsión”. En *Obras Completas*, Op.cit., Vol. XIV.
- —. “Contribuciones a la psicología del amor”. En *Obras Completas*, Op.cit., Vol. XI.
- —. “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”. En *Obras Completas*, Op.cit., Vol. X.
- —. “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”. En *Obras Completas*, Op.cit., Vol. X.
- —. “Sobre las teorías sexuales infantiles”. En *Obras Completas*, Op.cit., Vol. IX.
- —. “Tres ensayos de teoría sexual”. En *Obras Completas*, Op.cit., Vol. VII, 1978.
- Miller, Jacques Alain. *Lógicas de la vida amorosa*. Manantial, Buenos Aires, 1991.

*Claudia Velásquez. Psicoanalista. Asociada a la NEL (Nueva Escuela Lacaniana, Medellín). Docente.

Freud, un gran hombre que primero fue niño

Por Judith Nieto

Nadie es tan grande como para que sea una desgracia para él estar sometido a las leyes

que gobiernan con igual severidad la actividad normal y la patológica.

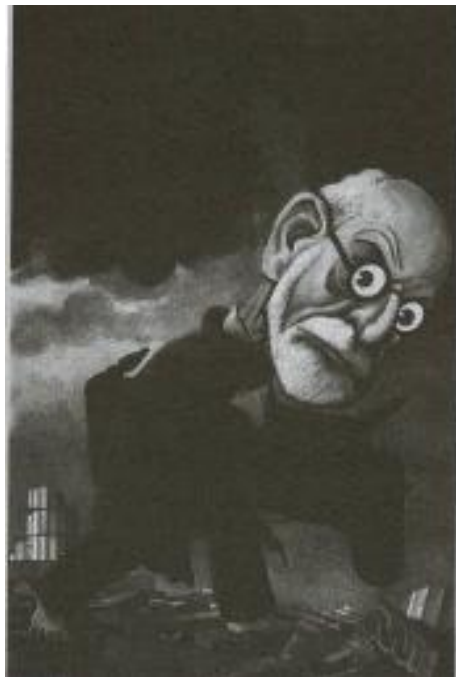
Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”, Sigmund Freud

Al parecer, la vida de Freud, como la de todo ser humano, estuvo rodeada de situaciones que quiso cuidar, salvar de quienes, luego de su muerte, muy posiblemente se interesarían (para bien o para mal) de eso también misterioso, pudoroso y ¿por qué no grandioso?, constitutivo de toda vida. De sus reservas para con su propia vida, y mucho antes de su muerte, da cuenta el siguiente fragmento de una misiva

suya, escrita tal vez cuando lo invadía la inminencia de la muerte:

En abril de 1855, en una carta muy citada, Sigmund Freud le anunció a su prometida que casi “había completado una empresa que algunas personas no nacidas, pero destinadas a la desdicha, lamentarán considerablemente”, se estaba refiriendo a sus biógrafos. “He destruido todas mis notas

de los últimos catorce años, así como cartas, resúmenes científicos y manuscritos de mis obras [...]”. No tuvo piedad con los que alguna vez escribirían su vida: “Que los biógrafos trabajen y se afanen; no queremos hacérselo demasiado fácil”. Ya había previsto hasta qué punto iban a equivocarse con él [...].



Años más tarde, Freud

reiteró este gesto seductor más de una vez, y

en la primavera de 1938, al prepararse para dejar Austria con destino a Inglaterra, se deshizo de materiales que una vigilante Anna Freud, inducida por la princesa Marie Bonaparte, rescató del cesto. (Gay, 1990, p. 15). Dos mujeres decisivas en su vida; circunstancia con resonancias notables como luego se explicará.

Poca fe para los biógrafos era la profesada por quien, como arqueólogo avezado, se dedicó a investigar acerca de lo que se esconde en las profundidades humanas. Y hay una razón para ello: Freud pensaba que quienes se ocupan de labores biográficas eligen al *héroe* del que trata su obra, más por una suerte afectiva que por motivaciones objetivas; en consecuencia, se afanan por conseguir un trabajo que sólo conduzca a idealizar a quien se ha seleccionado para transformar su vida en una obra.

Hacia 1935 aproximadamente, ya entrado en una edad avanzada, con visibles quebrantos de salud y con la implacable amenaza nazi, declaró en tono incisivo:

Quienquiera que se vuelva biógrafo —le escribió a Zweig, quien se preparaba para escribir la vida de Freud— se compromete a la mentira, el ocultamiento, la hipocresía, el embellecimiento, e incluso a disimular su propia falta de comprensión, pues la verdad biográfica no se puede poseer, y, aunque uno la posea, no puede usarla. (Gay, 1990, p. 16)

Comprometido con la mentira o con la verdad, Peter Gay (1990), uno de los biógrafos de Freud, ha construido una

voluminosa obra por medio de la cual narra la vida de quien, a causa de su invención, quizá de su persona, ganó tantos adoradores como detractores. Las oscilaciones extremas son el destino que espera a los grandes hombres, quienes consiguen por gloria o condena que su vida sea fuente inagotable para la insinuación y hasta para el forjamiento de mitos; situación en nada ajena, y quizá muy a pesar de estudiosos y defensores del psicoanálisis, al investigador audaz que fuera el psiquiatra vienés a quien hoy se conmemora, pero a quien también se difama.

Así es, entre gloria y tormenta fluctuó la vida de quien declarara sin pudor, más bien con burla y satisfacción, que su destino era “agitar el sueño de la humanidad”. No podía ser otra la misión del psicoanalista, según expresó un día al novelista y lector de sus correspondencia Stefan Zweig: “‘luchar contra el demonio’ (el demonio de la irracionalidad) de ‘manera serena’” (Gay, 1990, p. 16), actividad necesaria para reducir tal demonio a objeto de la ciencia, como también declarara el revolucionario pensador. Es de esperar que una aseveración como ésta, más las similares que hiciera posteriormente, fueran la razón por la cual la sociedad, en diversas épocas, incluida la actual, se haya resguardado del mensaje de Freud de manera airada.

Un origen como el de cualquier mortal subyace a los datos y hechos que pueden acuciar el interés de un psicoanalista que tomó por destino el rumbo de descifrar el

enigma humano, los detalles significativos que marcan su vida desde su cuna. El 6 de mayo de 1856 en el pueblo moravo de Freiberg, vigilado por los Cárpatos y “encima de una fragua” (Gay 1999, p. 22), nació el hoy conmemorado por su aniversario ciento cincuenta, el *padre del psicoanálisis*, el primogénito de la unión que en terceras nupcias celebrara, en 1855, Jacob Freud, un padre que pudo ser su abuelo, con Amalia Nathansohn, veinte años menor. Un progenitor de cuarenta años casado con una mujer de veinte conformaron el nuevo hogar, al que no le fueron ajenas las vicisitudes cotidianas particulares, con las que también se las tuvo que arreglar Freud, el mismo que tantas vidas ayudó a sobrellevar por obra de su invención curativa, la práctica terapéutica psicoanalítica.

Sigismund Schlomo son los nombres¹ del abuelo paterno y con los cuales el padre de Freud, un judío escaso de dinero y comerciante de lanas, inscribió a su hijo en la Biblia familiar. También registra la Biblia de los Freud que Sigismund, el 13 de mayo de 1856, una semana luego de su nacimiento, ingresó a la alianza judía luego de ser circuncidado.

Una desconcertante trama de las relaciones familiares tuvo que sortear Freud, luego de nacer en el seno de un hogar caracterizado por enigmas intrincados y poco comunes, tales como la convivencia que, de alguna manera,

tuvo que llevar con los hermanastros, hijos del primer matrimonio de su padre: Emanuel, el mayor, casado y con hijos, y Philipp, soltero, quienes vivían cerca al nuevo hogar de los Freud. Emanuel era mayor que la joven y bella madrastra que el padre importó de Viena, mientras que Philipp era un año menor.

Además de este particular cuadro familiar, estaba la pobreza de la familia, circunstancia que no impidió que la recientemente conformada pareja de Jacob y Amalia brindaran los máximos cuidados a Sigismund, el pequeño que, entre vicisitudes, se abría paso por el mundo y por la vida, tal vez sin sospechar las glorias, menos las condenas, que lo esperaban. Todo era precario en la casa alquilada, modesta, y con una sola habitación ocupada por la familia Freud en Freiberg, un pueblo dominado por dos particulares y elevadas presencias: un alto campanario de una iglesia católica y, a lo lejos, los imponentes montes Cárpatos. En Freiberg, su pueblo natal, se contaba con una población de 4.500 habitantes a finales de 1850, de los cuales poco más de una centena eran judíos. En Schlossergasse 117 vivían los Freud, en una modesta casa de dos pisos; el primer piso era habitado por Zajík, su propietario, de ocupación herrero.

De pobreza y carencia estuvo conformada la atmósfera en la que pasó sus primeros años, hasta su juventud, precariedad que se acrecentaba en la proporción que lo permitía la fertilidad de Amalia. El matrimonio Freud se traslada de Freiberg a

Viena² con dos hijos, Sigismund y Anna; luego, y de modo sucesivo, entre 1860 y 1866, Freud se vio rodeado de cuatro hermanas más —Rosa, Marie, Adolfine y Pauline—. Ésta era la única “contribución” al apurado hogar venida de la joven esposa y madre, quien, en 1858, vio morir en Freiberg al pequeño Julius, que sólo contaba con siete meses de nacido.

Niño como todos los niños, Freud jugó con un singular amigo de infancia y también de fechorías: John, su sobrino. Al igual que sucede con las amistades de infancia, Freud y John llegaron a agredirse recíprocamente, pues sus vidas y juegos no estuvieron alejadas de encuentros marcados con intensidad en la enemistad y en la amistad. Narra el biógrafo: no había llegado Sigmund a los dos años cuando se produjo un acontecimiento violento entre los dos chicos. Acerca de este suceso, un día el padre de Freud le preguntó por qué había golpeado a John, y Freud, con su escaso lenguaje (pues todavía no hablaba), pero con la claridad de un niño que sabe hacerse entender, consiguió su defensa ante la interpelación del padre: “Le pegué porque él me pegó” (Gay, 1990, p. 22). Fue la respuesta dada a su afable progenitor, las palabras que hicieron parte de los anales de la leyenda familiar y tal vez, muy seguramente, dejaron huella en el posterior pensador y gestor de las teorías sobre la agresividad.

Entre estas teorías se cuenta el detallado análisis acerca de la agresión hacia los niños, que titulara “*Pegan a un niño*” (1919); nada más preciso para evocar la experiencia vivida con su sobrino y amigo de la infancia. La agresión también estuvo de parte del comienzo de una vida, la de Freud, grande como hombre, pero, ante todo y primero, niño.

Y aquí de nuevo dos mujeres, un detalle que no puede dejarse escapar en esta breve semblanza fundada sólo en algunos aspectos de la infancia de quien luego fuera un hombre sobresaliente en la cultura de Occidente y que por su obra significativa e histórica hoy estamos llamados a recordar. Así, quien fuera el trabajador incansable del enigma *del complejo de Edipo*, en su infancia, el futuro psicoanalista, no obstante la precariedad económica vivida en su hogar, contó con la asistencia de “dos madres”: Amalia Nathanson, su progenitora, y una niñera devota católica romana, quien lo cuidara hasta aproximadamente los dos años y medio. De esta relación tampoco escapan los detalles curiosos: la madre de Freud —con un comportamiento propiamente femenino— recordaba a quien también colaborara con la crianza de su hijo de esta manera: Era una mujer madura, fea y lista. La niñera, además de los cuidados materiales, también se preocupaba por alimentar al niño Freud con historias piadosas y lo llevaba hasta la iglesia, de donde regresaba, según lo consigna su biógrafo, en declaraciones venidas de la

madre, predicando lo “que hace Dios Todopoderoso” (Gay, 1990, p. 22).

No estuvo pues la vida del vienés rodeada sólo de judíos, hecho que también trajo complicaciones para el posterior pensador, quien estuvo al cuidado de una niñera católica y exigente, circunstancia y quizá razón por la cual él llegó a reconocer lo significativo de su presencia en sus primeros años de vida, y a quien llegó a profesar un amor similar al que sintiera por su amada, joven y bella madre.

Así pues, al igual que ocurrió con algunas figuras que luego acompañaran su pensamiento, sus reflexiones y sus páginas — Leonardo, Moisés y, por qué no, Edipo—, Freud, el pequeño que se hizo hombre grande, disfrutó su niñez en medio de la atención y el cuidado de dos madres, como bien lo narra su biógrafo. Pese a estar rodeado dos veces por la misma figura, el terapeuta no pudo descifrar el significado de sus apasionados lazos inconscientes con la dominante figura materna. ¿De dónde vendría tal impedimento?, ¿de la suerte de ser cuidado por dos mujeres, o de la cifra par que a veces complica los desanudamientos y hace necesaria la presencia de un tercero?

Aquí está Freud, ciento cincuenta años después; aquí está el que un día escribiera a su amigo Wilhelm Fliess: “No soy en absoluto un hombre de ciencia, ni un observador, ni un experimentador, ni un pensador. Por temperamento no soy más que

un *conquistador*³, un aventurero, si quieres traducir esta palabra, con toda la curiosidad, la osadía y la tenacidad de este tipo de hombre” (Gay, 1990, p. 15). Se declaró un *conquistador*, aunque sólo se le imposibilitó una única conquista: la propia.

Aquí Freud, incansable pensador y trabajador que nació, estudió, viajó, ofreció conferencias, enseñó, subvirtió y revolucionó el ejercicio de la psiquiatría; quien tuvo que vivir bajo un dogma religioso en el que no creía, padecer y sobrellevar los traumas de la guerra y de los totalitarismos impuestos en su tiempo; un heredero de la Ilustración del siglo XVIII, admirador de Feuerbach y de Brentano, lector de Cervantes y, ante todo, un estudioso de la cultura de Occidente, a la cual le aportó lo máximo de su invención, hasta el punto de transformarla, desinteresado de todo reconocimiento, que no obstante hoy hacemos quienes nos hemos acercado a su vida y legado.

Aquí está el controvertido pensador que cumpliría ciento cincuenta años el 6 de mayo, quien aún vive con su viva palabra, con la cual no cesa de provocar el decir y el pensar hasta el día de hoy y no se sabe hasta cuándo; el decidido habitante de ciudad que cambió su Viena natal por la felicidad que le prometía Londres; quien hizo de su invención el psicoanálisis, un fenómeno netamente urbano; el declarado liberal en 1880, el estudiante que a su tercer año de medicina todavía pensaba

en “lograr un doctorado en filosofía basado en la filosofía y la zoología” (Gay, 1990, p. 32) , aunque a la postre triunfó la medicina y con ésta la naturaleza que más ansiaba comprender: la humana.

Bibliografía

Gay, Meter. *Freud, una vida de nuestro tiempo*, traducción de Jorge Piatigorsky, Barcelona, Paidós, 1990.

Momigliano, Arnaldo. *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, traducción de María Teresa Galas, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

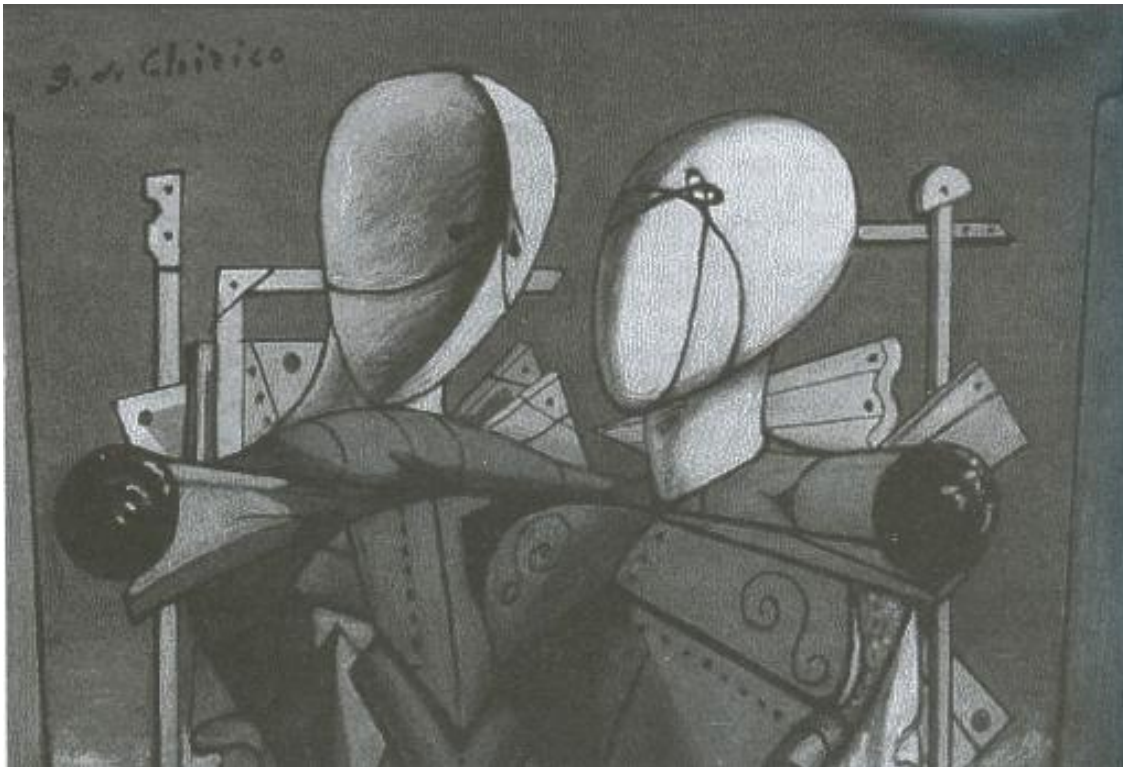
Notas

¹ Nombres que abandonó, luego de experimentar con el de “Sigmund” al finalizar la escuela secundaria, y adoptarlo definitivamente en 1873, una vez ingresó a la Universidad de Viena.

² Este traslado se hace cuando el pequeño Segismund tenía 3 años, ciudad donde viviría casi hasta el final de sus días.

³ Palabra que es citada por Freud en español, con lo cual hacía alusión a los conquistadores españoles de América. Aclaración que agradezco al psicoanalista Juan Fernando Pérez, lector de esta semblanza antes de ser publicada.

*Judith Nieto López. Doctora en Ciencias Humanas; mención: Literatura y Lingüística, Universidad Austral de Chile. Profesora asociada de la Escuela de Filosofía de la Universidad Industrial de Santander (UIS). Asociada a la Nueva Escuela Lacaniana de Medellín (NEL).



La transitoriedad

Sigmund Freud

Hace algún tiempo, en compañía de un amigo taciturno y de un poeta joven, pero ya famoso, salí de paseo, en verano, por una riente campiña.¹ El poeta admiraba la hermosura de la naturaleza que nos circundaba, pero sin regocijarse con ella. Lo preocupaba la idea de que toda esa belleza estaba destinada a desaparecer, que en el invierno moriría, como toda belleza humana y todo lo hermoso y lo noble que los hombres crearon o podrían crear. Todo eso que de lo contrario habría

amado y admirado le parecía carente de valor por la transitoriedad a que estaba condenado.

Sabemos que de esa caducidad de lo bello y perfecto pueden derivarse dos diversas mociones del alma. Una lleva al dolorido hastío del mundo, como en el caso de nuestro joven poeta, y la otra a la revuelta contra esa facticidad aseverada. ¡No, es imposible que todas esas excelencias de la naturaleza y del arte, el mundo de nuestras sensaciones y el mundo exterior, estén destinados a perderse

realmente en la nada! Sería demasiado disparatado e impío creerlo. Tienen que poder perdurar de alguna manera, sustraerse de todas las influencias destructoras.

Empero, esta exigencia de eternidad deja traslucir demasiado que es un producto de nuestra vida desiderativa como para reclamar un valor de realidad. También lo doloroso puede ser verdadero. Yo no me decidí a poner en duda la universal transitoriedad ni a exigir una excepción en favor de lo hermoso y lo perfecto. Pero le discutí al poeta pesimista que la transitoriedad de lo bello conllevara su desvalorización.

¡Al contrario, un aumento del valor! El valor de la transitoriedad es el de la escasez en el tiempo. La restricción en la posibilidad del goce lo torna más apreciable. Declaré incomprendible que la idea de la transitoriedad de lo bello hubiera de empañarnos su regocijo. En lo que atañe a la hermosura de la naturaleza, tras cada destrucción por el invierno ella vuelve al año siguiente, y ese retorno puede definirse como eterno en proporción al lapso que dura nuestra vida. A la hermosura del cuerpo y del rostro humanos la vemos desaparecer para siempre dentro de nuestra propia vida, pero esa brevedad agrega a sus encantos uno nuevo. Si hay una flor que se abre una única noche, no por eso su florescencia nos parece menos esplendente. Y

en cuanto a que la belleza y la perfección de la obra de arte y del logro intelectual hubieran de desvalorizarse por su limitación temporal, tampoco podía yo comprenderlo. Si acaso llegara un tiempo en que las imágenes y las estatuas que hoy admiramos se destruyeran, o en que nos sucediera un género humano que ya no comprendiese más las obras de nuestros artistas y pensadores, o aun una época geológica en que todo lo vivo cesase sobre la Tierra, el valor de todo eso bello y perfecto estaría determinado únicamente por su significación para nuestra vida sensitiva; no hace falta que la sobreviva y es, por tanto, independiente de la duración absoluta.

Yo juzgaba incontrastables estas reflexiones, pero observé que no habían hecho impresión ninguna al poeta ni a mi amigo. De este fracaso inferí la injerencia de un fuerte factor afectivo que les enturbiaba el juicio, y más tarde hasta creí haberlo descubierto. Tiene que haber sido la revuelta anímica contra el duelo la que les desvalorizó el goce de lo bello. La representación de que eso bello era transitorio dio a los dos sensitivos un pregusto del duelo por su sepultamiento, y, puesto que el alma se aparta instintivamente de todo lo doloroso, sintieron menoscabado su goce de lo bello por la idea de su transitoriedad.

El duelo por la pérdida de algo que hemos amado o admirado parece al lego tan natural

que lo considera obvio. Para el psicólogo, empero, el duelo es un gran enigma, uno de aquellos fenómenos que uno no explica en sí mismos, pero a los cuales reconduce otras cosas oscuras. Nos representamos así la situación: poseemos un cierto grado de capacidad de amor, llamada libido, que en los comienzos del desarrollo se había dirigido sobre el yo propio. Más tarde, pero en verdad desde muy temprano, se extraña del yo y se vuelve a los objetos, que de tal suerte incorporamos, por así decir, a nuestro yo. Si los objetos son destruidos o si los perdemos, nuestra capacidad de amor (libido) queda de nuevo libre. Puede tomar otros objetos como sustitutos o volver temporalmente al yo. Ahora bien, ¿por qué este desasimiento de la libido de sus objetos habría de ser un proceso tan doloroso? No lo comprendemos, ni por el momento podemos deducirlo de ningún supuesto. Sólo vemos que la libido se aferra a sus objetos y no quiere abandonar los perdidos aunque el sustituto ya esté aguardando. Eso, entonces, es el duelo.

La conversación con el poeta tuvo lugar en el verano anterior a la guerra. Un año después estalló ésta y robó al mundo sus bellezas. No sólo destruyó la hermosura de las comarcas que la tuvieron por teatro y las obras de arte que rozó en su camino; quebrantó también el orgullo que sentíamos por los logros de nuestra cultura, nuestro respeto hacia tantos pensadores y artistas, nuestra esperanza en

que finalmente superaríamos las diferencias entre pueblos y razas. Ensució la majestuosa imparcialidad de nuestra ciencia, puso al descubierto nuestra vida pulsional en su desnudez, desencadenó en nuestro interior los malos espíritus que creíamos sojuzgados duraderamente por la educación que durante siglos nos impartieron los más nobles de nosotros. Empequeñeció de nuevo nuestra patria e hizo que el resto de la Tierra fuera otra vez ancho y ajeno. Nos arrebató hartos de lo que habíamos amado y nos mostró la caducidad de muchas cosas que habíamos juzgado permanentes.

No es maravilla que nuestra libido, así empobrecida de objetos, haya investido con intensidad tanto mayor lo que nos ha quedado, ni que hayan crecido de súbito el amor a la patria, la ternura hacia nuestros allegados y el orgullo por lo que tenemos en común. Pero aquellos otros bienes, ahora perdidos, ¿se nos han desvalorizado realmente porque demostraron ser tan perecederos y tan frágiles? Entre nosotros, a muchos les parece así, pero yo, en cambio, creo que están equivocados. Creo que quienes tal piensan y se muestran dispuestos a una renuncia perenne porque lo apreciado no acreditó su perdurabilidad se encuentran simplemente en estado de duelo por la pérdida. Sabemos que el duelo, por doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea. Cuando acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado

también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por otros nuevos que sean, en lo posible, tanto o más apreciables. Cabe esperar que con las pérdidas de esta guerra no suceda de otro modo. Con sólo que se supere el duelo, se probará que nuestro alto aprecio por los bienes de la cultura no ha sufrido menoscabo por la experiencia de su fragilidad. Lo construiremos todo de nuevo, todo lo que la guerra ha destruido, y quizá sobre un fundamento más sólido y más duraderamente que antes.

1 Freud pasó parte del mes de agosto de 1913 en los Dolomitas, pero la identidad de sus compañeros no ha podido establecerse.

*Texto escrito por Sigmund Freud en 1915.
Tomado de *Obras Completas* (tomo XIV).
Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916). Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey, con la colaboración de Anna Freud. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979, pp. 309-311.

La vigencia de Sigmund Freud

Por Juan Fernando Pérez

Una afirmación

De cuando en cuando, y ya desde hace un cierto número de décadas, en diversos contextos se puede escuchar la afirmación según la cual “Freud está ya superado”. ¿Qué validez tiene hoy esta sentencia en la época de la globalización, en tiempos de grandes avances de las neurociencias?

Tal afirmación se escucha desde los años 30 del siglo pasado, y cuando reaparece lo hace cada vez desde un ángulo diferente, como si finalmente en las tesis freudianas hubiese algo inaceptable para tantos que obligara siempre a buscar nuevos argumentos para sostenerla. Hoy es posible sustentar que Freud se halla vigente, como es sabido por muchos; no obstante, trataré de argumentar el porqué de su vigencia; de todas formas desde ya se puede afirmar en términos generales que Freud tiene una importante y variada influencia, no sin estar desprovisto de repulsa y de polémicas en sectores diversos, como ha ocurrido desde siempre con su obra, lo que ya es también señal de esa vigencia.

De las resistencias al psicoanálisis, y de la época

Las resistencias a Freud y al psicoanálisis se han levantado sobre bases diversas. Sin embargo hay dos hechos que parecen determinantes en ese fenómeno: sus hallazgos sobre la sexualidad en general, pero muy especialmente sobre la sexualidad infantil, y su concepción del inconsciente; y esos dos campos son elementos fundamentales para la teoría psicoanalítica de la subjetividad humana. En este sentido es posible precisar lo siguiente: en últimas, aquello que determina el rechazo a Freud es una exigencia de la época, de la época de la ciencia y de la técnica, por reducir lo humano al estatuto de ser acontecimiento objetivo entre otros; es decir la exigencia de eliminar la subjetividad de entre los humanos, su especificidad, su naturaleza y sus implicaciones. Se trata por tanto de una posición de la época que se encarna en el sujeto contemporáneo, como un obstáculo para darle un lugar definido y claro a aquello

que en efecto determina su propia subjetividad.

Un psicoanalista contemporáneo, Jacques-Alain Miller, al respecto dice lo siguiente: “uno se pregunta cómo el psicoanálisis aguanta desde hace un siglo, si bien los secretos de su práctica han sido aireados desde hace ya tiempo. Y bien, es que el misterio no está ahí. Está en la relación de cada uno con lo que tiene, o con lo que es, de más íntimo y, a lo cual, curiosamente, no tiene acceso. Mientras que de este “éxtimo” (la palabra es de Lacan, antes que de Michel Tournier) no hayamos perdido el sentido con el sentimiento, el psicoanálisis no rendirá sus armas”. 1

Para un examen más preciso de la vigencia de Freud, resulta entonces necesario tener en cuenta que una parte importante del discurso imperante, sólo le concede algún lugar a lo subjetivo cuando se presenta bajo ciertas formas que para ese discurso son, de una u otra manera, nimias o excepcionales.

En efecto, ese sector le concede un lugar, por ejemplo, como hecho que anime las conversaciones privadas intrascendentes; o en las manifestaciones de lo que supone débil; por ejemplo, en la mujer en tanto se la piense como esencialmente frágil, o en ciertas dimensiones del niño; o en lo ridículo, por ejemplo en las columnas y emisiones de los medios de comunicación llamadas “del corazón” o similares; o en ciertas circunstancias jurídico-legales; al

juzgar la perversión, por ejemplo; o como rasgo propio de las formas más decadentes del individualismo, o en algunas otras formas análogas. Pero para ese importante sector del discurso dominante, la subjetividad es ante todo aquello de lo cual no se habla con seriedad.

Tiende así un velo sobre su existencia, la desdeña, cuando no la somete a franca censura, tal como lo hace el propio sujeto en general, como si actuando a la manera del avestruz consiguiera eliminarla. Pero para ello sería necesario algo más, por ejemplo que la especie desapareciera, pues eso real e inconsciente, eso “éxtimo” que la conforma, es parte esencial e imprescindible de los humanos.

Argumentos con los que se ha sustentado el “Freud está ya refutado”

Muchos de los argumentos propuestos contra Freud y el psicoanálisis son bastante conocidos, a pesar de que muchos de ellos se hallan, estos sí, ya superados. No obstante, en este contexto conviene señalarlos para mostrar la variedad de resistencias que la obra freudiana ha levantado, y extraer de allí algunas consecuencias.

Entre los primeros en lanzar la sentencia acerca de la definitiva superación de Freud está un grupo de científicos nazis, quienes acusaban su obra mayor, el psicoanálisis, de no ser más que una “ciencia

judía”. Pronto quedó así eliminada la influencia de Freud de los países germánicos bajo el régimen nazi, como ha sucedido en todo lugar regido por el totalitarismo (también en la URSS, en la Hungría socialista, etc.). El hecho produjo incluso la pira hitleriana, la que al nutrirse con sus textos le permitió a Freud dar una señal de su talante, pues ante la quema de sus libros declaró impávido: “¡Qué progresos estamos haciendo! En la Edad Media me habrían quemado a mí; hoy en día se contentan con quemar mis libros”. Sin embargo, Freud no imaginaba en ese momento lo que sucedería pronto bajo el dominio nazi.

El rumor de que Freud ya era meras cenizas tuvo éxito en los países germánicos, así como en ciertos círculos occidentales; pero esa base de la presunta superación de Freud, como se sabe, perdió validez en la postguerra de los años 40-50, ante el retorno de cierto grado de civilización.

No obstante, pronto surgieron otras oleadas oscuras para Occidente, sostenidas entre otros por el macartismo estadounidense, quienes vieron en Freud un enemigo de la moral y de la pureza de sus ideologías. Hizo carrera la conocida acusación a Freud de ser sólo un “pansexualista”, por presuntamente reducir todas explicaciones a lo sexual. Y así, se comenzó a “demostrar” la invalidez de los hallazgos de Freud como algo que la investigación habría superado, pues resultaba

evidente que otras fuerzas y causas participaban de la vida humana y por tanto ello permitía refutar “el pansexualismo freudiano”.

Fue necesario volver a leer a Freud para mostrar lo sesgado de tales juicios. No hay duda de que Freud le concede un lugar mayor a la sexualidad en sus explicaciones y que a partir de sus tesis la sexualidad ya no sería la que era. El hecho despertó, y aun despierta pasiones, en la medida en que hay allí una fuerza que subyuga y que repugna al mismo tiempo. Pero, es claro que Freud le otorga por igual un lugar a las fuerzas destructivas que constituyen al sujeto, y que de ninguna manera excluye la participación de fuerzas económicas, políticas, históricas u otras en el suceder humano. El argumento, amañado, perdió parcialmente vigencia, si bien para algunos la conserva, en especial en sectores muy conservadores de la sociedad, o en algunas ramas del feminismo.

Al lado de lo anterior se le acusó de un presunto “instintivismo”. Fue necesario aclarar básicamente la diferencia entre instinto y pulsión, éste sí un concepto freudiano, para ver cuán lejos estaba Freud de ver en las fuerzas de la naturaleza la única explicación de lo humano. Sin embargo, quienes vieron en Freud sólo un instintivista supusieron que estaba ya superado, al mostrar la influencia de la cultura y de la historia en el devenir de los hombres. Resultaba insólito tal

argumento, pero fue sostenido en su momento.

Se hizo más dominante un cierto empirismo terapéutico, y desde allí se declaró la equivalencia entre salud mental y adaptación social como solución al sufrimiento humano. La obra freudiana sería entonces un anacronismo a partir de tal hallazgo, y la tesis psicoanalítica acerca de la radical inadaptación del sujeto a la existencia sería falaz. Entonces los adaptacionistas, no sin audiencia, proclamaron superado así a Freud y prometieron la curación del sufrimiento humano readaptando la conducta.

Es cierto que estos “*managers* de almas”, como les llamó Lacan, tienen, hoy también, una aceptación múltiple; pero con base en ello ¿se podrá declarar superado a Freud? Quizás pueda esperarse más bien que sea el espíritu de domesticación y de banalización de la vida que hoy cunde por doquier, aquello que pueda ser superado. No es seguro, pero cabe aún esperarlo. De todas formas ha de saberse que es tal la fuerza que la época le ha dado a esta propuesta, que inclusive surgieron corrientes psicoanalíticas que negaron la tesis freudiana sobre la inadaptabilidad humana, y por tanto que, aun desde el psicoanálisis mismo, algunos declararon superado a Freud.

A pesar de que en general muchos de los argumentos expuestos contra Freud en la primera mitad del siglo XX fueron perdiendo vigencia, es necesario señalar que en la

posguerra especialmente, el psicoanálisis comenzó a orientarse por proposiciones no freudianas y que incluso la misma noción de inconsciente llegó a perder significación en los medios psicoanalíticos. Hoy, es posible decir que sin la empresa iniciada por Lacan en los años 50 bajo la consigna del “retorno a Freud”, la obra freudiana tendría un lugar mucho menos significativo del que actualmente posee y que muchas de sus categorías, que llegaron a ser olvidadas por los psicoanalistas y que fueron sustituidas por conceptos desarrollados en especial en los Estados Unidos, han sido recuperadas para la clínica y el pensamiento contemporáneos.

De la eficacia terapéutica

Ahora bien; con relación a la inadaptabilidad del sujeto humano, hay un punto adicional que desarrolla la tesis sobre el impedimento teórico para aceptar la adaptación social como objetivo terapéutico. Se trata del problema de la eficacia terapéutica del psicoanálisis. Ello permite considerar a su vez el tema de la duración de las curas y de la formación de quienes practican el psicoanálisis. Éstos son temas cruciales para el psicoanálisis y objeto de discusiones importantes en las comunidades de los analistas, y también más allá de éstas.

Interesa para el efecto proponer una definición de eficacia. Hoy con este término se designa en diversos medios la capacidad para obtener resultados previstos,

en el menor tiempo posible y con la mayor economía de medios. Así la concibe el discurso capitalista. Para el psicoanálisis se impone una concepción distinta de tal noción.

Desde Freud se concibe la eficacia bajo ideas más cercanas a las de la China tradicional, si bien Freud forjó su noción de eficacia sin esa mediación. No obstante, se puede demostrar su coincidencia. En efecto, eficaz es para la tradición china, la acción que ha de permitir que advenga el efecto, no yendo tras éste, sino permaneciendo a la espera del momento oportuno, en el examen del objeto en cuestión, para poder aprehender ese momento y alcanzar así el mejor resultado. El excelente *Tratado de la eficacia* de Francois Jullien (ver bibliografía) brinda un amplio desarrollo de ese concepto de eficacia entre los chinos.

Ello implica considerar, como temas conexos, la formación de los analistas y su ética, así como la duración de los análisis, lo cual sin embargo no es viable desarrollar con amplitud en este contexto. De todas formas y en forma muy sumaria, es necesario decir al menos lo siguiente: es innegable que no pocos practicantes del psicoanálisis eluden las deficiencias éticas o clínicas de su formación tras lo cuestionable de la prisa en la práctica analítica. Esa prisa, se destaca, respondería sólo a la idea capitalista de eficacia. Se subraya así, correctamente por lo demás, en cuanto hace a la duración de las curas, que apresurarse por alcanzar el difícil objetivo de

acceder a la verdad del sujeto y más aun a lo real que lo constituye, contradice los hallazgos y los principios del psicoanálisis. Esto es indudable, pues, en efecto, la prisa obliga a definir los actos en función del tiempo cronológico que no en función del tiempo lógico (Ha de saberse sobre este punto que el tiempo lógico es el fundamento de la concepción lacaniana del tiempo en la cura, en particular tras las sustentaciones que hace Lacan de las intuiciones freudianas al respecto). Pero tal argumento tiene como condición una sólida formación clínica y una firme posición ética de los psicoanalistas, y para ello la sociedad tiene derecho a disponer de garantías. Garantías de que el analista no es simplemente un cínico que reniega de la eficacia en su acto, como en efecto algunos analistas sorprendentemente lo declaran; también que éste no es sólo un profesional espontáneo y sin control. Es por ello que resultan necesarias las instituciones serias de formación de psicoanalistas, las que deben dar garantías de formación, preservando así la especificidad de la misma. Será necesario añadir a lo anterior que los analistas mejor formados están siempre en capacidad de mostrar, como en efecto lo hacen en sus comunidades, resultados terapéuticos incuestionables. Y aun, sostener el porqué los resultados terapéuticos rápidos se producen en los análisis, los cuales son parte importante también de sus preocupaciones clínicas, aun cuando no sean su objetivo primordial; de

todas formas, en algunas circunstancias pueden llegar a serlo.

Hoy

Existen otros argumentos similares a los indicados aquí que se pueden señalar en la historia de esa presunta superación de Freud. Hoy por hoy es en especial el cientificismo organicista aquel que, apoyado en el avance de las neurociencias, proclama la superación de Freud y del psicoanálisis. La discusión está abierta, si bien algunos destacados neurocientíficos, como el Premio Nobel de Medicina del año 2000 Eric R. Kandel,² señalan el carácter imprescindible del edificio freudiano para explicar el funcionamiento mental. Seguramente la vía del psicoanálisis no es aquella que Kandel le propone, pero aun allí es posible reconocer también la impronta y la vigencia de Freud. Retomaré la discusión sobre las neurociencias y el psicoanálisis un poco más adelante.

La vigencia de Freud se pone de presente hoy en especial a través de su innegable influencia en campos muy diversos, así esa influencia no sea monolítica. En primer lugar, en sectores importantes de la clínica de lo mental, y aun entre aquellos que parecen desconocerlo, pero que siguen empleando, a veces sin saberlo, nociones clínicas, tesis y proposiciones freudianas. Una numerosa cantidad de pacientes en el

mundo siguen trabajando su subjetividad a partir de los hallazgos y del dispositivo ideado por Freud. Surgen nuevas instituciones y formas de atención en diversos lugares del mundo, en las que la función de la palabra establecida por Freud para la actividad terapéutica y en general la senda trazada por éste es decisiva. En el mundo se forma sin cesar un importante número de psicoanalistas, en Europa y América Latina en especial, pero también en Norteamérica, en Israel o en Australia, y el pensamiento freudiano es invocado reiteradamente cuando se trata de pensar el malestar contemporáneo y de buscar alternativas para el mismo.

De todas maneras, es claro que gran parte de la psiquiatría actual desde hace ya algunos años quiere ser de nuevo una neuropsiquiatría, y que bajo esta perspectiva el psicoanálisis ha dejado de tener importancia para esa psiquiatría; por ahora. Pero estimo que es prematuro aun decir si este abandono será durable. Hay ya algunos signos en Estados Unidos, por ejemplo, de revisión de esa vocación exclusivamente neurocientífica de la psiquiatría, en tanto por esta vía, probablemente podría incluso llegar a desaparecer como tal. Y quienes comienzan a interrogar esa vocación vuelven a mirar de nuevo hacia Freud y el psicoanálisis. Y hay razones de monta que permiten prever que este fenómeno será significativo para la psiquiatría quizás en un período no muy lejano.

De otra parte, la vigencia de Freud se puede reconocer en el mundo occidental a través de la regularidad y del número de congresos, coloquios y actividades de discusión que se celebran en torno a su obra; se publican libros y artículos inspirados en tesis y en conceptos freudianos, los que por su influencia y difusión muestran con claridad su significación; en literatura, psicología, medicina, filosofía, antropología, sociología, en el cine, la educación, la pintura, la historia, y aun en otras disciplinas es posible igualmente reconocer esa vigencia. En las universidades e instituciones de nivel superior se dictan cursos, seminarios y conferencias en la cuales Freud es un eje esencial. Su contribución es reconocida hoy por importantes intelectuales de diversas procedencias; y pueden mencionarse otros hechos que hablan igualmente de la vitalidad de la teoría freudiana. Es cierto, como se señaló, que hay sectores del pensamiento contemporáneo y lugares donde se declina su importancia, como en los Estados Unidos, pero en otros adquiere relieve y en algunos donde la había perdido, hay signos recientes de volver a tenerla, como es el caso de la Europa del Este e Israel.

Freud ante las neurociencias

Es indudable que un hecho central para considerar la vigencia de Freud tiene que ver con la importancia y desarrollo actual de la neurociencias. Señalaré algunos puntos

básicos que a mi juicio se deben tener en cuenta en el examen de este punto:

1. En primer lugar conviene recordar un elemento de la formación de Freud. Como es sabido, su formación médica fue esencialmente como neurólogo. Y fue tan significativa, que incluso existe un acuerdo en reconocer que si Freud hubiese continuado su tarea como investigador en neurología, dados los avances que había conseguido con relación a la lógica de lo neuronal, habría anticipado en varios años los hallazgos que le merecieron a Ramón y Cajal el premio Nobel de medicina y que constituyeron la base de toda la neurología en el siglo XX.

En este mismo sentido puede decirse que para Freud el psicoanálisis fue concebido inicialmente como “una psicología para neurólogos” y que antes que definido por una vocación terapéutica, Freud orientó su labor hacia la construcción de un aparato conceptual que permitiera pensar la articulación entre lo mental y lo neurológico, articulación que sin embargo tenía, y sigue teniendo, exigencias que seguramente van más allá de lo que quisieran, por ejemplo, el mismo Freud, Kandel o algunas corrientes psicoanalíticas contemporáneas. Cabe agregar que ninguna prisa resolverá el poder cumplir con las exigencias de un proceso aun en vías de construcción. Allí será necesario demoler primero algunos obstáculos importantes que operan en contra de esa construcción. Es necesario no olvidar en esto, por ejemplo,

que varios siglos de cartesianismo deciden no pocas cosas en el asunto; que el afán tecnocrático de la época, además de otros hechos similares, operan en contra de una elaboración más serena del problema. De todas formas no puede desconocerse ni el interés que Freud tenía en este campo, ni su formación como científico e investigador.

2. A pesar de lo que digan algunos de sus críticos, un punto de partida importante en esta cuestión es el sentido radicalmente materialista de la obra de Freud. Si bien su materialismo estriba en la naturaleza específica de la palabra, del lenguaje y de la pulsión, para el psicoanálisis ningún fenómeno llamado mental, sea cual sea su carácter, simple o complejo, es posible concebirlo sin un soporte fisiológico específico. Pero ese soporte es la condición necesaria mas no su causa. La confusión entre condiciones necesarias y causas constituye un problema mayor en una parte muy importante de la discusión contemporánea acerca de lo mental, lo que requiere ser situado antes de cualquier consideración adicional.

Digamos en qué consiste la posición psicoanalítica, a través de un símil, dejando la opción para otros desarrollos de este punto: las tinturas y la tela de una pintura son su condición de existencia, sin las cuales ésta no es posible. Pero naturalmente la materialidad de la tela y de las tinturas es algo diferente del arte que allí puede existir. Se pueden suscitar todo tipo de efectos en ese arte interviniendo

sobre ese soporte; pero si se trata de examinar lo específico del mismo, no será el examen de las fibras de la tela o de la naturaleza química de las tinturas aquello que dé cuenta de la cuestión, si bien la existencia de esa pintura depende enteramente de ello. También es obvio que modificando tela o tinturas puede modificarse enteramente lo artístico de la obra. Y no es necesario dejar de ser materialista para aceptar lo anterior.

3. En diversas ramas de la ciencia contemporánea existe una confusión entre lo real, lo material, lo existente y lo tangible, y de hecho, o de derecho, se les declara en diversos contextos científicos como conceptos equivalentes. Si la ciencia es la producción de saber sobre lo real, será necesario considerar que lo real puede ir más allá de lo estrictamente material, sin necesidad para ello de aceptar lo sobrenatural, la magia o hechos análogos. En efecto, existe el arte, es real, sin que para considerarlo tal sea necesario confundirle con la química de sus tinturas, con la materialidad del mármol, etc.

4. La biología molecular, fundamento científico de las neurociencias, seguramente hará nuevas conquistas en los próximos años. Sin embargo, desde Freud, con Lacan, es posible afirmar que una condición para algunas de esas nuevas conquistas es que la biología en su conjunto recupere efectivamente su relación con lo viviente y no

sólo que afirme su dirección hacia ser cada vez más una físico-química de la sustancia viva.

Esta físico-química resulta sin duda necesaria para el conocimiento de lo vivo, pero es radicalmente insuficiente para dar cuenta de lo propiamente viviente. Para superar esa tendencia, la biología deberá preguntarse por hechos como los modos de disfrute del lagarto en la piedra y, de esta forma, interrogar su perspectiva de sólo interesarse por la físico-química del enfriamiento del lagarto.

Lo indicado implica que será oportuno establecer si, al ocuparse más propiamente de lo vivo, la biología dejará de ser molecular, pero, también si en tal dirección no será aun más biología y aun más ciencia.

5. El ejemplo anotado acerca del lagarto y la piedra que apunta a señalar además qué se quiere decir aquí con *lo viviente*, sirve también para señalar el criterio que hoy prevalece en la psiquiatría organicista desde las neurociencias. Cuando allí se trata de considerar lo psicopatológico, es claro su esfuerzo por reducir la explicación a fenómenos físico-químicos y avanzar únicamente hasta la conducta, como bien lo demuestra la lógica del DSM IV (abreviatura de Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders, manual publicado en 1994 por la Asociación Psiquiátrica Americana)), desconociendo así, de hecho, lo real de la subjetividad de los pacientes. Con ello esa psiquiatría queda atrapada finalmente en el

modelo puramente skinneriano, cuya inconsistencia filosófica, entre otros hechos, ya ha sido demostrada desde los años 70. Vale allí recordar, entre otros puntos, la tesis de Skinner acerca de la libertad, como algo de lo cual se debía prescindir en aras de la modificación de la conducta.

6. El cognitivismo contemporáneo, al menos algunas de sus diversas ramas, es hoy el fundamento de las aplicaciones de las neurociencias a lo mental. Sin ese fundamento difícilmente las neurociencias podrían decir algo sobre lo propio de lo mental. Y es la ambición de cientificidad del cognitivismo, loable en un sentido específico, aquello que le obliga a dar dos pasos al menos, que para el psicoanálisis lo despojan de cualquier opción de dar explicación de amplios territorios de lo humano. Esos dos pasos son:

De una parte, a pesar de su apelación a la palabra en el plano terapéutico, abandona toda ambición para darle un lugar a la singularidad del sujeto, en cuanto está obligado a producir afirmaciones de carácter universal, de acuerdo con su vocación de ciencia, que no sobre lo singular del sujeto. Se impide así entonces acceder a una dimensión real de lo humano.

Y de otra, aquellas ramas del cognitivismo que auxilian a las neurociencias en su acción práctica, quieren hacer de la eficacia terapéutica³ una de las razones de su validez. Una discusión seria sobre los fundamentos y los resultados de las TCC

(terapias cognitivo-conductistas) permitiría mostrar que una terapéutica basada en la modificación de las conductas y de las costumbres, llega inexorablemente a dificultades insalvables y a callejones sin salida. ¿A cuáles? Básicamente a la transitoriedad de sus efectos, a resolver lo anterior con la prescripción indefinida de medicamentos y a la apelación a maniobras éticamente dudosas, al menos para el psicoanálisis, maniobras que se expresan en su esfuerzo de domesticación más que de curación.

Lo anterior pone en cuestión la solidez de la base que suministra el cognitivismo a través de las TCC a las neurociencias en su extensión a lo mental. Son algunas de estas falencias aquello que obliga a algunos científicos hoy a buscar en el psicoanálisis lo que suponen que sea una psicología más consistente. Es necesario aquí recordar que el dispositivo freudiano no se plantea como un medio para la modificación de conductas ni de supresión del síntoma a cualquier precio. El trabajo sobre el síntoma está definido en psicoanálisis por la exigencia para quien sufre de acceder a la verdad de sí y a un real específico que lo constituye.

7. Una parte importante de la argumentación que se señala hoy como crítica al psicoanálisis a partir de las neurociencias se apoya en las aplicaciones que han permitido el desarrollo de medicamentos psiquiátricos o neuropsiquiátricos de nueva

generación. Se trata de un tema complejo, del cual aquí sólo se esbozan algunas líneas de análisis.

Muchos de esos medicamentos controlan los síntomas en forma efectiva y producen en muchos casos beneficios terapéuticos indudables, lo cual el psicoanálisis ni objeta ni considera opuesto necesariamente a su concepción. Sin embargo, es necesario destacar que desde Freud el psicoanálisis se yergue contra la tendencia subjetiva a no soportar cualquier malestar, tendencia que tiende a generalizarse en la época actual, a lo cual contribuye el uso abusivo y algunas veces indiscriminado de los medicamentos psiquiátricos. A partir de allí es posible reconocer, como un efecto de ese abuso de la medicación en el sujeto contemporáneo, que la técnica se apropia cada vez más de lo que ha sido una cuestión ética en diversas épocas.

Es sabido además que, dados los importantes intereses económicos, ideológicos y otros, en juego, se condicionan los juicios, el razonamiento al respecto, y por tanto se induce a un empleo problemático de los medicamentos.

Y ese conjunto afecta esferas muy diversas, como la formación de los médicos, quienes cada vez más son presas de los intereses de industria que producen estos medicamentos, y que bajo la idea de instruirlos en investigaciones recientes, han llegado a fundir completamente marketing e

información científica. El hecho también se influye en la actitud de los maestros en las escuelas, en la de los padres de familia como responsables de la educación de los hijos, en la de los usuarios de los medicamentos, y en general en la sociedad.

Todo ello exige aun mayores esclarecimientos para los que resulta necesario un examen más detallado del que aquí es posible. No obstante, en lo indicado se hallan puntos básicos para el efecto.

Notas

1. Miller, Jacques-Alain. "Lacan, solo contra todos". Texto originalmente publicado en un número extraordinario del semanario francés *Le Point*, titulado *Freud, Ferenczi, Klein, Lacan... Los textos fundamentales del psicoanálisis*, aparecido en febrero del 2006. La revista electrónica de la ELP, *La Brújula*, lo difundió en su Nro. 44 del 2006.

2. Kandel, Eric R. "Biology and the future of psychoanalysis: a new intellectual framework for psychiatry revisited". En *The American Journal of Psychiatry*. Washington: Apr 1999. Vol. 156, Iss 4; p. 505.

3. Ver más arriba las anotaciones aquí propuestas sobre la eficacia; o para una discusión más amplia ver en la bibliografía Pérez.

. Jullien, Francois. *Tratado de la eficacia*. Siruela, Madrid, 1999.

• Miller, J. A., (1983). "Les effets thérapeutiques de l'expérience analytique". En *La Lettre en ligne* Nro. 16. Lista electrónica de la ECF (Escuela francesa de psicoanálisis).

• Pérez, Juan Fernando. "La pregunta por la eficacia terapéutica". En *Virtualia*, Nro.13 (revista electrónica de la EOL, Escuela argentina de psicoanálisis). En: <http://www.eol.org.ar/virtualia/013/default.asp>

*Juan Fernando Pérez. Psicoanalista, director de la NEL (Nueva Escuela Lacaniana en Medellín), miembro de la Escuela AME de la AMP (Asociación Mundial de Psicoanálisis) y Profesor de la Universidad de Antioquia. Escribió este artículo especialmente para la Agenda Cultural.

Bibliografía

La vocación científica

de Sigmund Freud

Muchas son las lecturas y los abordajes que se hacen de la obra del creador del psicoanálisis.

La lectura sumatoria, cronológica y lineal, que se limita a constatar las variaciones de la teoría, sin entrar a considerar ni las razones ni las consecuencias de tales cambios.

La lectura sacralizante, orientada a la repetición de un decir que se autoriza por la firma de Freud.

La lectura que deja a un lado la obra, el texto freudiano, y que se dedica a buscar en la biografía de Sigmund Freud, bien sea las confirmaciones de sus teorías, y a presentarnos la imagen de un santo y un genio, bien sea las inconsistencias entre la obra y la vida del autor y por lo tanto a presentarnos lo oscuro del personaje, al farsante, al narcisista, hasta el cocainómano.

La lectura histórico-crítica que señala las

líneas de fractura y sus períodos y los vectores que orientaron su recorrido y que apunta a continuar las líneas que Freud dejó trazadas en el momento de su muerte.

Las lecturas desde el exterior del psicoanálisis: otros campos y disciplinas como la literatura, la filosofía, la psicología, la medicina, la psiquiatría, etc.

Por último, las lecturas epistemológicas que revisan el valor científico de las teorías freudianas a la luz de los diferentes criterios establecidos por diversos filósofos de la ciencia.

Toda esta diversidad muestra que tal como lo planteó el psicoanalista Néstor Braunstein: “Freud es un objeto móvil que ha ido variando conforme se sucedían las lecturas de su texto y se exploraba su campo de experiencia”.¹

En ese sentido, es posible presentar una

lectura, una de las tantas facetas de Freud: alguien particularmente animado, desde muy joven, por el deseo de lograr un descubrimiento en el campo científico con métodos inscritos igualmente en dicho campo.



Aunque al principio, para el joven Freud, lo científico no era su máximo anhelo, se encuentran algunas cartas donde el joven, el adolescente Freud, confiesa sus deseos de tener un laboratorio para investigar y encontrar la forma de curar los sufrimientos de la humanidad. Pero en general, la mayoría de las biografías, sus escritos autobiográficos y sus cartas, muestran al joven Freud más interesado por la literatura, las lenguas y algunos temas filosóficos.

Así, en su primer año en la universidad realizó estudios humanísticos, entre los cuales destacan los cursos de filosofía con Franz Brentano. Luego, en el segundo año, con sus estudios de medicina, prevaleció la inclinación científica, a pesar de que en sus cartas a Silberstein seguía apasionándose por los poemas, las novelas, las cuestiones morales y humanísticas. En el tercer año, Freud comenzó a trabajar en el Instituto de Anatomía Comparada de Carl Clauss. Allí se encontró con que la investigación a través del microscopio exigía una ardua formación. Se percató de que los estudiantes investigadores podían pasarse años pegados a aquellos instrumentos antes de descubrir algo realmente original. Posteriormente, se apartó del grupo de Clauss y comenzó a trabajar con Ernst Brücke. También en este trabajo su principal instrumento seguía siendo el microscopio. Estuvo durante seis años, que Freud describía como los más felices de su juventud.

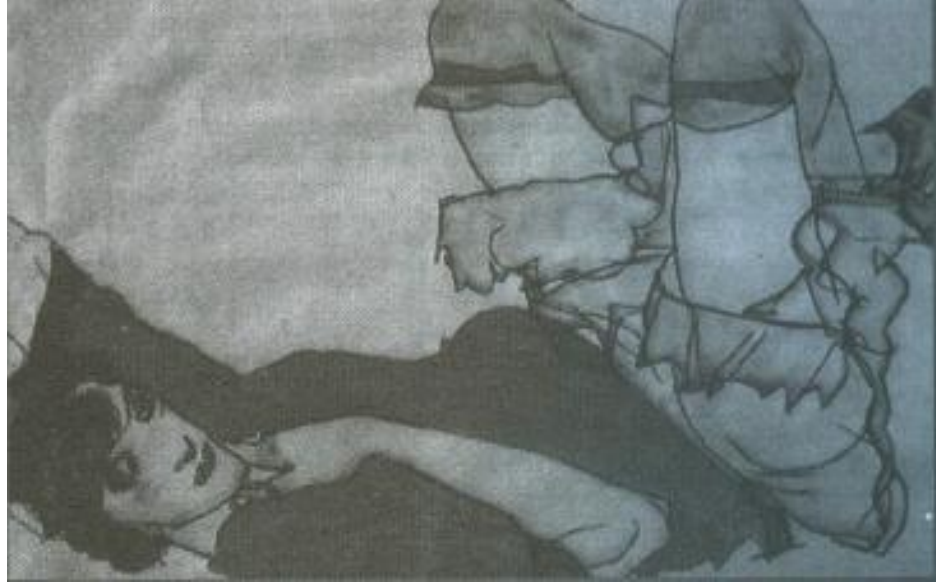
El aprendizaje realizado en el Instituto de Fisiología de Brücke dejó muchas huellas tanto en la persona de Freud como en su obra, evidentes en la formulación de sus teorías, en las cuales abundan términos positivistas y conceptos como “fuerzas”, “energía”, “catexias”, “pulsión”, “economía psíquica”, etc.

Una revisión crítica de la obra en su conjunto² y lo que ha sucedido en todos estos años luego de la creación del psicoanálisis, nos permiten decir, desde una lectura posible, que su anhelo principal no era tanto aliviar el sufrimiento, curar pacientes, ser médico, como descubrir algo realmente nuevo que se inscribiera en esa serie de revoluciones que se han denominado las heridas narcisistas de la humanidad.

Freud, con su teoría de lo inconsciente y su invención del psicoanálisis, lanzó la última estocada a nuestro narcisismo, luego de las que nos propinaron Copérnico y Darwin, cuando nos mostró que eso que llamamos el yo, la conciencia, el *cogito* cartesiano, es una minúscula parte de nuestra actividad psíquica. Que lo que nos impulsa es lo más desconocido por la razón que tanto veneramos.

La figura heroica que más atraía a Sigmund Freud era la del conquistador; Alejandro Magno, Napoleón y Aníbal, son algunos ejemplos de ello. Este dato nos permite

entender que la construcción del psicoanálisis surgió no sólo a partir de la observación minuciosa de sus llamados “pacientes neuróticos”,



sino también y fundamentalmente de una observación muy singular de sí mismo, lo que se ha denominado su “autoanálisis”, que hoy sabemos que en realidad fue un análisis con su amigo Fliess. La mayoría de sus biógrafos, tanto los admiradores como los detractores, coinciden en valorar el análisis de Freud como un hecho excepcionalmente heroico: “Fue en él, piensan, donde Freud, el explorador honesto e intrépido, descendió a las oscuras regiones de su propia mente y se enfrentó con aquellos aspectos de la naturaleza humana que sus timoratos contemporáneos no se atrevían a enfrentar”.³

Más tarde, además de formular sus teorías psicoanalíticas, denominadas por el mismo Freud, “metapsicología”, es decir más allá de

la psicología, desarrolló un método de tratamiento basado exclusivamente en la experiencia de la palabra y la escucha. Esas teorías y ese método se copertenecen en la

medida en que gracias al método, cuyo descubrimiento no fue sólo de Freud sino también de sus pacientes, surgieron nuevos hechos para los cuales había que inventar, adoptar y adaptar, términos y conceptos para nombrarlos y operar sobre ellos. A su vez, esas hipótesis al ser corroboradas o refutadas fueron modificando muchos aspectos del método.

Por último, es necesario destacar que esa teoría y ese método fueron laboriosamente entretejidos en una obra, tan inacabada como cualquier obra científica, que tenía como modelo las grandes teorías del siglo XIX. Freud anhelaba ser un héroe científico, su concepción particular de la ciencia como una construcción humana inacabada siempre y dependiente de la experiencia,

lo hacía anhelar la creación de una nueva disciplina científica. Así lo expresó en su “Presentación autobiográfica”: “En su origen, designó el psicoanálisis un determinado proceder terapéutico; ahora ha pasado a ser también el nombre de una ciencia de lo anímico inconsciente. Sólo rara vez puede ella resolver un problema plenamente por sí sola; pero parece llamada a prestar importantes contribuciones en los más diversos campos del saber”.⁴

* Gerardo Bolívar Ochoa. *Psicoanalista. Psicólogo y Magíster en Filosofía. Docente de cátedra en las Universidades de Antioquia y CES. Este artículo es un fragmento resumido de la conferencia “El anhelo científico de Sigmund Freud”, pronunciada en el Planetario Municipal de Medellín, el día 11 de Abril de 2006, con ocasión de la celebración del 150º aniversario del nacimiento del inventor del psicoanálisis.*

Notas

¹Néstor Braunstein, *Freudiano y Lacaniano*, Manantial, Buenos Aires, 1994, p. 24.

²Véase, Gerardo Bolívar, *Historia interna de la teoría freudiana*, Universidad de Antioquia, Medellín, 2000.

³Louis Breger., *Freud. El genio y sus sombra*, Javier Vergara, Buenos Aires, 2001. p. 16.

⁴ Sigmund Freud, “Presentación autobiográfica”, en: *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1978, vol. 20, p. 65.